

Antonio Rosmini

*Un Amigo para la
Santidad*

*Máximas
de Perfección
Cristiana*

*Traducción e Introducción
de Juan Francisco Frank*

Colegio Rosmini - Maracaibo 2004



*Cada Cristiano está llamado a la Santidad,
en los quehaceres de todos los días,
dentro de la Iglesia
y en el mundo de hoy.*

El librito de las Máximas está dirigido a todos nuestros amigos, de todas las categorías, porque todos los hombres tienen el deseo auténtico de felicidad que no es otra cosa que el deseo de la Santidad y de la Unión con Dios por medio de Cristo.

Los Padres y
las Hermanas Rosminianas

Maracaibo, 2004.



S S. Monte Calvario. Aquí Rosmini fundó el Instituto de la Caridad el 20 de febrero de 1828.

Índice

Introducción.....	p.	7
Cómo leer con provecho este librito	p.	16
La vida perfecta	p.	17
Nota	p.	20
PRIMERA MÁXIMA		
Desear única e infinitamente agradecer a Dios, es decir ser justo	p.	21
SEGUNDA MÁXIMA		
Orientar todos los propios pensamientos y acciones al incremento y a la gloria de la Iglesia de Jesucristo	p.	25
TERCERA MÁXIMA		
Conservar una perfecta tranquilidad en torno a todo lo que por disposición divina sucede con respecto a la Iglesia de Jesucristo, trabajando en su servicio dentro de la llamada divina	p.	29
CUARTA MÁXIMA		
Abandonarse totalmente a sí mismo en la divina Providencia	p.	31
QUINTA MÁXIMA		
Reconocer íntimamente la propia nada	p.	38
SEXTA MÁXIMA		
Disponer todas las ocupaciones de la propia vida con un espíritu de inteligencia	p.	41
Invocaciones.....	p.	48

Introducción

Sacerdote y fundador

Antonio Rosmini nació el 24 de marzo de 1797 en Rovereto (Trento, Italia), en el seno de una familia noble, en ese entonces bajo la dominación austríaca y sucesivamente invadido por las tropas napoleónicas. Se educó en un hogar cristiano, en el que la sencillez en ocasiones austera de su padre, Pier Modesto, era suavizada por su madre, Giovanna Formenti, quien llenaba el hogar de su propia distinción y dulzura. De pequeño sintió inclinación por el estudio y comenzó a ir la escuela deseoso de «aprender la sabiduría», como él mismo decía. También comenzó a gustar la literatura clásica, la pintura y el teatro. Sin embargo, a pesar de amar la soledad y la contemplación, su carácter fue siempre alegre y lleno de sentido del humor. Tenía un gran aprecio por la amistad, favorecido por la hospitalidad de la casa paterna, en la que no faltaban concurridas reuniones.

A los doce años se propuso «no perder el tiempo, sino emplearlo en cosas útiles» y cuatro años más tarde, escribe, descubrió «que la verdadera sabiduría está en Dios». En su epistolario, que reúne unas nueve mil cartas, se refleja la seriedad con que Rosmini tomaba esas palabras. A los dieciocho años resuelve entregarse a Dios en la vida sacerdotal.

Luego de terminar el Liceo se traslada a Padua para proseguir los estudios eclesiásticos. Allí lleva una vida sacrificada junto con otros tres compañeros, dedicado intensamente al estudio. En 1821, un año después de la muerte de su padre, es ordenado sacerdote. Poco después la marquesa Margarita de Canosa (canonizada por Juan Pablo II en 1988) le pide su colaboración para fundar una congregación de sacerdotes, los “*Hijos de la Caridad*”, que tendría el mismo espíritu que las “*Hijas de la Caridad*”, orden fundada por la misma marquesa en Italia. Rosmini rechazó la invitación en varias ocasiones, hasta que en 1825 pensó que podría tratarse de la voluntad

de Dios.

En efecto, desde hacía un tiempo había comenzado a vivir, aunque sin proponérselo expresamente, lo que luego llamó el «principio de pasividad». Éste consistía en no emprender nada por iniciativa propia, sino únicamente movido por la conciencia de estar realizando la voluntad de Dios. El fracaso de anteriores emprendimientos lo habían convencido de la insensatez de confiar en sus propias fuerzas y de que Dios es quien da los medios para realizar toda obra en su servicio. Aunque sin ahorrarle dificultades, esos medios se le fueron presentando gradualmente: socios, una sede apropiada – el monte Calvario de Domodossola, en el Piamonte italiano –, aprobación pontificia, etc. El Instituto de la Caridad nació en el monte Calvario de Domodossola el 18 de febrero de 1828 y la aprobación definitiva tuvo lugar el día de Navidad de 1838. En 1831, siguiendo el mismo criterio de secundar la iniciativa de la Providencia, funda la congregación de las *Hermanas de la Providencia*.

La vocación de escritor y los Papas

La bendición del Santo Padre constituyó siempre para Rosmini un signo cierto de la voluntad divina. Amaba profundamente al Sumo Pontífice, ya que veía en él al representante de Cristo en la tierra. Es significativo que Pío VIII le recalcará que no convenía iniciar una obra de grandes dimensiones, sino algo Pequeño; el Señor haría luego el resto. Rosmini tuvo entonces la certeza de no equivocarse, ya que el Papa mismo lo confirmaba en su intención de abandonarse en la Providencia.

Había además otro motivo para desaconsejarle la inmersión en la vida activa que normalmente supone toda nueva fundación. Desde hacía ya varios años Rosmini comenzaba a ser conocido por sus obras filosóficas. Quienes lo conocían personalmente apreciaban también su exquisita cultura, su gran calidez humana y su profunda piedad. Sucesivos Pontífices supieron reconocer su extraordinaria capacidad.

El mencionado Pío VIII le insistía en audiencia privada: «Recuerde que su deber es escribir [...] la Iglesia necesita en este

tiempo escritores capaces de hacerse respetar. Para influir eficazmente en los hombres no queda otro camino hoy día que ganarlos mediante la razón». Lo insta a «ocuparse en hacer el bien por la vía de la inteligencia». Rosmini se vio confirmado también en esto en cuanto a su vocación intelectual.

Gregorio XVI, le habría de repetir la misma exhortación añadiendo un magnífico elogio de su persona: «un hombre dotado de una inteligencia elevada y eminente, de espíritu adornado con dones extraordinarios, sumamente ilustrado en la ciencia de las cosas divinas y humanas, luminoso por su eximia piedad, religión, virtud, probidad, prudencia, integridad, resplandeciente de amor y afecto a la religión católica y a la Sede Apostólica».

Finalmente, Pío IX, en compañía de quien habría de vivir momentos decisivos para la vida de Italia y de la Iglesia: «el don de Dios Altísimo otorgado a Antonio Rosmini, don excelente y verdaderamente singular de eminente inteligencia, debe ser grandemente apreciado por todos».

En 1830 publica en Roma su primera obra filosófica importante, el “*Nuovo saggio sull’origine delle idee*” (Nuevo ensayo sobre los orígenes de las ideas) riquísima en sus planteos y descubrimientos. Al mismo tiempo se editan las *Máximas de Perfección Cristiana*, que aquí presentamos. La cantidad de tratados filosóficos y teológicos que Rosmini escribió durante todo su vida es asombrosa; versan sobre una multitud de materias: filosofía, teología, historia, derecho, política, ascética. En ellos se unen, de manera única en la historia, análisis y síntesis, erudición y sabiduría, especulación y argumentación. Por su magnitud y su importancia, su labor es sólo comparable a la de los otros dos grandes sabios cristianos: San Agustín y Santo Tomás de Aquino.

Se puede ver con cuánta fidelidad cumplió la orden de Pío VIII. Sin embargo, el gobierno del Instituto no dejó de ocupar gran parte de su tiempo. Por humildad había pedido a sus primeros compañeros no ser elegido superior, pero finalmente accedió y asumió la tarea con gran responsabilidad. Se mantuvo firme en el espíritu señalado en las Constituciones de asumir prudentemente las obras de caridad a

las cuales era requerido, según los medios disponibles. Una buena parte de su epistolario, que representa una quinta parte de las obras completas, trata temas relativos al desarrollo del Instituto. Se ocupa con todo detalle de cada nueva misión emprendida, de la salud física y espiritual de cada uno de los miembros. Escribe minuciosamente dando consejos, alentando y – por qué no – reprochando. El amor paternal no le impide ser exigente pero, sobre todo, es extremadamente justo y claro. Contestaba siempre las cartas, a veces mediante verdaderos trataditos sobre diversos temas, pero principalmente en ellas se refleja el hombre, en toda su generosidad, su humildad, su amor al prójimo.

Incomprensiones

El *Instituto de la Caridad* presentaba algunos rasgos de originalidad para aquel entonces, por lo que despertó sospechas entre ciertos eclesiásticos. Y, como no es infrecuente, a la sospecha se unieron en ocasiones la envidia y pronto la calumnia. Sin provocarlo en absoluto, Rosmini se vio pronto envuelto en un mar de ataques a su persona, a su doctrina y al Instituto, pero el blanco era sobre todo este último. Sin embargo, sufrió todo con gran serenidad, sin alimentar rencores ni desear el mal a nadie. Continuó su trabajo, como entendía que el Señor lo deseaba, y se esforzaba siempre en perdonar, incluso cuando la mala voluntad de algunos era patente. Cuando escribe en su defensa, lo hace no por deseo de venganza, sino por el bien público y para defender la doctrina cristiana.

El motor de las acusaciones era principalmente político. Se consiguió incluso que se prohibiera la lectura de dos de sus obras; de esa manera querían deshacerse de él, ensuciando su nombre y levantando una ola de rumores y sospechas en torno suyo. Rosmini aceptó plenamente la decisión de Roma – «como debe hacerse», escribe en una de sus cartas – dando una muestra heroica de sumisión y obediencia a la Iglesia. «Es necesario dejar libre curso a esta persecución, puesto que es Dios quien la quiere y la permite para sus adorables fines; yo, por mi parte, estoy en consecuencia muy contento [...] y si debe ser de alguna utilidad para la Iglesia, Él hará

indudablemente retornar la calma luego de la tormenta, y tanto más rápidamente cuanto menos hagamos nosotros y más pongamos nuestra confianza en Él» (carta a F. Puecher, 15/8/1849).

Contemplativo, amigo de la vida retirada, y del silencio, se vio obligado sin embargo a viajar constantemente. Encarnó así en su propia vida la sexta de las máximas de perfección, dejándose guiar por el espíritu de inteligencia. Cuando describe al cristiano que, amante de la contemplación, «es conducido a una vida activa, inmerso incluso, si Dios así lo quiere, en un mar infinito de preocupaciones, molestias, negocios y asuntos grandes y pequeños, altos y bajos, por el bien de su prójimo», parece hablar de lo que habría de ser su propia experiencia. A pesar de tantas dificultades y de una constante mala salud, nunca interrumpió su trabajo de estudioso y de superior general del Instituto y de las Hermanas. Pasó sus últimos años en Stresa, sobre el Lago Mayor en el Norte de Italia, donde recibía frecuentemente a sus amistades. El 1° de julio de 1855, luego de una agonía de varios meses, Rosmini entregó su alma a Dios.

La santidad de Rosmini

Un rasgo saliente de la santidad de Rosmini es la paz interior con que vivía las enormes dificultades de todo tipo que se le presentaban. Se sabía en las manos de Dios y vivía un verdadero y total abandono en la Providencia divina. Son innumerables las cartas escritas en momentos de gran tribulación y sin embargo jamás perdió la calma; tenía siempre palabras llenas de caridad y fortaleza. A través de sus escritos ascéticos y espirituales (además de las *Máximas* y las *Constituciones*, el *Epistolario*, numerosos sermones, un catecismo y otros escritos menores) se refleja su propia armonía interior.

Merece destacarse también la absoluta normalidad de su existencia. En vano buscaríamos en su vida milagros, revelaciones, visiones de ninguna especie. Excepcionales sin duda eran sus talentos y hasta puede hablarse de una mística rosminiana, pero más bien en aquel sentido en que todo cristiano está llamado a participar

intensamente en la vida del cuerpo místico de Cristo. No hay rastro en Rosmini del gusto por lo extraordinario, sino por el contrario, de una humilde atención a los medios con que la Providencia ordinaria cuida de los hombres y especialmente de aquellos que lo aman con sincero corazón.

Otra característica notoria, reforzada incluso por la lectura de sus obras de filosofía, es una indisoluble unidad de vida. El pensador y el hombre van de la mano. En Rosmini se unen el conocimiento de la verdad y el orden en el amor. Tanto el pensador como el hombre están lejos de toda forma de racionalismo negador del misterio, así como de toda exaltación del sentimiento, incapaz de dejarse guiar por la inteligencia y, en última, instancia, carente de vigor para afrontar las dificultades. La robustez de su fe y la luminosidad de su inteligencia se manifiestan en todos los detalles de su vida. Se desvive por practicar la caridad universal, pero ordenadamente, «con espíritu de inteligencia». Manifestar preferencia por aquello que merece una menor estima revelaría una ruptura interior que enturbia la vista para reconocer luego la voluntad de Dios.

El Instituto de la Caridad

El Instituto de la Caridad tiene como fin la perfecta caridad hacia Dios y hacia el prójimo. El amor a Dios no tiene límites, pero el amor al prójimo debe ejercerse de modo ordenado. En efecto, la caridad es en sí misma universal pero tiene un orden. El primer grado de la caridad es el temporal y prescribe el amor al prójimo en lo que se refiere a las necesidades corporales y temporales en general. La caridad intelectual constituye el siguiente grado y consiste en ayudar al desarrollo de la inteligencia del prójimo. El grado superior de caridad es el moral y espiritual, y consiste en procurar todo lo que contribuye a la salvación del prójimo. Si mira al cumplimiento de los deberes morales, se llama moral; si cuenta con los medios ofrecidos por la gracia divina, recibe el nombre de espiritual.

Los dos primeros grados de caridad son relativos, ya que el bien que persiguen es parcial, pero la caridad intelectual predispone

directamente a reconocer la excelencia de Dios. La caridad es un camino hacia la verdad y la verdad predispone a la caridad. Sin embargo, como toda la caridad apunta a unir al hombre con Dios, puede decirse que ella es una. El orden del ser, el orden de la verdad y el orden del amor tienen un mismo origen y se compenetran entre sí.

En el espíritu del Instituto no está, por lo tanto, la dedicación exclusiva a una determinada obra de caridad, como ser la educación, la atención de enfermos o la actividad misionera. La caridad será ejercida para mayor bien del prójimo, teniendo en cuenta las circunstancias y la disponibilidad de medios, no considerando indigno ningún servicio, sino mirando únicamente a la gloria de Dios y a las necesidades del prójimo.

Un amor inteligente a la Iglesia

Hemos visto ya la intensidad del amor de Rosmini a la Iglesia. Ese mismo amor le llevó a escribir un librito en el que intentaba identificar las raíces de los males que afligían a la Iglesia: “*Las cinco llagas de la Santa Iglesia*”. Por motivos de prudencia decidió no publicarlo inmediatamente y durante más de quince años lo guardó en su poder. Más tarde, cuando los tiempos parecían más favorables, entregó el manuscrito a un editor con la condición de que no se indicara el autor. A pesar de todo, y sin su consentimiento, el libro fue impreso con su nombre. Algunos aprovecharon la ocasión y consiguieron que se prohibiera su lectura, junto con la de otro libro publicado al mismo tiempo. Cinco años más tarde Pío IX levantó la prohibición, liberando al mismo tiempo de toda sospecha las demás obras de Rosmini.

El libro es una magnífica obra impregnada de piedad filial hacia la Iglesia y de sólida doctrina teológica y pastoral. Junto con Francisco de Asís y Catalina de Siena, Rosmini se coloca en la línea de los grandes santos que clamaron por una renovación de la Iglesia sin rupturas, por una reforma sin división. La conversión de los mismos cristianos y la conciencia de la misión sobrenatural de la Iglesia, cuyo mensaje es la purificación del corazón y la humilde

aceptación de la gracia redentora de Cristo, son el camino hacia una nueva primavera de la Iglesia. Rosmini sostiene que consiguiendo la libertad del poder temporal, la Iglesia sólo puede ganar para dedicarse a su auténtica tarea, la conversión del hombre individual. Promoviendo la transformación del hombre, la Iglesia promueve indirectamente la transformación de la sociedad, según las palabras de Jesús: «*Buscad más bien el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*» (Lc 12,31). Donde algunos quisieron ver una crítica sólo había en verdad deseos de renovación auténtica.

La lucidez con que pone al descubierto los motivos de muchas dificultades de la Iglesia le valió que al final del Concilio Vaticano II, Pablo VI regalara un ejemplar de “*Las Cinco Llagas de la Santa Iglesia*” a cada uno de los Padres Conciliares destacando su carácter profético.

Amistades y testimonios

Entre sus incontables amistades figuraba Alessandro Manzoni, una de las máximas figuras de la literatura italiana de todos los tiempos. Decía de su amigo filósofo que se había adelantado un siglo a su época. Manzoni tuvo además el privilegio de recibir de sus propios labios su testamento espiritual: *Adorar, callar, gozar*, que indican el camino de santidad interior propio del cristiano.

En una ocasión, san Juan Bosco hizo el siguiente comentario: «No recuerdo haber visto a un sacerdote decir la Misa con tanta devoción y piedad como Rosmini. Se veía que tenía una fe vivísima, de la que procedía su caridad, su dulzura, su modestia y su gravedad exterior».

Entre los centenares de conversiones debidas a la predicación de los misioneros del Instituto en Inglaterra, se contaban algunos amigos de John Henry Newman. Si bien no se llegaron a conocer personalmente, existía una gran estima recíproca entre él y el Cardenal inglés. Newman decía de Rosmini: «Mientras permanecía sobre la tierra, un hombre como él era propiedad de toda la Iglesia. Me temo que las tribulaciones sufridas aquí abajo hayan abreviado su

vida».

Rosmini es una de esas raras personalidades que unen de manera indiscutible inteligencia y santidad. Uno de esos hombres a quienes el Señor ciertamente confió mucho, pero que también hicieron rendir cien veces sus talentos. El rastro de luz y de paz que dejó tras de sí son un desafío constante a los cristianos de hoy para que no dejemos improductivos los dones que Dios ha confiado a cada uno.

Los Papas recientes han mostrado una creciente estima por la persona y la obra de Rosmini. Juan Pablo II lo menciona como un maestro del diálogo fecundo entre la fe y la cultura (*Encíclica Fides et Ratio*, n. 74). A los miembros del Instituto de la Caridad recordó hace poco: «Mientras la Iglesia se prepara para ingresar en el Tercer Milenio, la evangelización de la cultura es una parte crucial de lo que he definido como la nueva evangelización y es en este sentido que *la Iglesia mira con ansiedad a los hijos de Antonio Rosmini*»; les encomienda «la misión específica de indicar el camino de la libertad, de la sabiduría y de la verdad, que es siempre el de la caridad y de la Cruz». Finalmente, el 19 de febrero de 1994 el Papa mismo ha querido que se abriera el proceso de canonización, cuya primera etapa ya ha concluido.

Las presentes *Máximas* ofrecen todo un programa de vida, basado en pocos pero luminosos principios. Su meditación frecuente inspira la misma santidad que guió a Rosmini en todos sus pasos. Merecen sin duda un lugar entre los clásicos de la espiritualidad y prometen contribuir a la renovación interior a la que la Iglesia está llamada, hoy como siempre.

Juan Francisco Franck¹

1. Licenciado en Filosofía por la Universidad Católica Argentina. Ha presentado su tesis doctoral sobre la filosofía de Antonio Rosmini en la Academia Internacional de Filosofía (Liechtenstein).

Máximas de Perfección Cristiana

«Mi porción, Señor, he dicho, es guardar tus palabras»

Ps 118,57

Cómo leer con provecho este librito

«*Uno solo es vuestro Maestro*», dijo Jesucristo (Mt 23,10).

Por lo tanto, antes de comenzar, póngase el discípulo con el corazón a los pies de su Divino Maestro y mientras va leyendo parézcale que oye su voz.

Comience con la señal de la Cruz y con el Padre Nuestro. Mientras lee, esfuércese en estas dos cosas:

1. en entender bien el sentido de lo que lee;
2. en meditarlo y saborearlo lentamente con el gusto interior.

Al finalizar, debe proponerse a sí mismo conservar lo que ha aprendido, dando gracias a Dios y recitando el *Ave María*.

La vida perfecta

1. Todos los cristianos, es decir los discípulos de Jesucristo, están llamados a la perfección, sea cual fuere su estado y condición, puesto que todos están llamados a vivir el Evangelio, que es ley de perfección. A todos por igual dijo el Divino Maestro: «*Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5,48).

2. La perfección del Evangelio consiste en el pleno cumplimiento de los dos preceptos de la caridad de Dios y del prójimo.

De ahí el deseo y el esfuerzo del hombre cristiano porque todos sus afectos y todas las obras de su vida lo lleven totalmente a Dios, en la medida en que es posible en este mundo. Al hombre cristiano le ha sido impuesto lo siguiente: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente*» y «*amarás al prójimo como a ti mismo*» (Mt 22,37 y 39).

3. Para conseguir esta *perfección en el amor*, hacia la cual el discípulo de Jesucristo debe tender constantemente, existen tres medios utilísimos, a saber la profesión de una pobreza, castidad y obediencia reales.

Pero estos preceptos no son para todo cristiano; son consejos que da el Evangelio y que resultan aptos para remover de su mente, de su corazón y de su vida, todo aquello que le impida una total libertad para amar a Dios y al prójimo.

4. La profesión de los tres consejos evangélicos constituye la llamada *perfección religiosa*.

No es común a todos los cristianos, sino propia de aquellos

generosos discípulos de Jesús que se despojan *efectivamente* de las riquezas, de los placeres y de la propia voluntad a fin de poseer una mayor libertad para dar todo su amor a Dios y al prójimo.

5. El religioso, es decir el cristiano que profesa los tres consejos evangélicos de la pobreza, castidad y obediencia efectivas, debe ordenar estos tres medios al crecimiento de la perfección en el amor, a la cual son igualmente llamados todos sus hermanos, los demás cristianos.

6. Por su parte, el cristiano que no hace profesión de los consejos evangélicos, pero que aspira sin embargo a la perfección del amor divino, a la cual ha sido destinado y consagrado en el santo bautismo, debe cuidarse de despreciar todo lo referente a la práctica de los consejos evangélicos, como dice Santo Tomás (*Summa Teológica*, II-II, 186,2). Al contrario, debe reconocer que son óptimos y amarlos. Debe desear para sí ese ánimo generoso y esa inteligencia espiritual de la verdad. Inteligencia que impulsa al hombre a utilizar medios tan apropiados para liberar el corazón de todas las preocupaciones y obstáculos que impiden dirigir toda la mente y toda la vida a Dios en la caridad.

Quien lleva una vida ordinaria se verá tentado alguna vez de menospreciar aquellos divinos consejos, por una secreta sugestión del amor propio, que no quiere reconocer en sí mismo una generosidad inferior a la de otros.

Por el contrario, sólo mediante la humildad podrá agradar plenamente a Dios y completar lo que le falta de generosidad y de conocimiento espiritual. Mediante la humildad conserva una baja opinión de sí mismo, como la de quien sabe que posee en el Reino de Dios un estado menos noble que el estado religioso.

7. La perfección de todo cristiano consiste en la caridad perfecta, la cual conduce a todo el hombre hacia su Creador. Se puede definir como la total consagración o sacrificio que el hombre hace de sí mismo a Dios, imitando cuanto hizo su Hijo unigénito nuestro

Redentor Jesucristo.

Mediante esta consagración el cristiano se propone no tener en todas sus acciones otro fin último que el culto de Dios y de no tener otra profesión ni buscar ningún otro bien o satisfacción en la tierra que no se ordene a agradar a Dios y a servirlo.

8. De aquí que el verdadero cristiano, aquel que desea encaminarse hacia la perfección a la que está llamado, debe proponerse seguir siempre, en todas las acciones de su vida, lo que cree más precioso a los ojos de su Dios, lo que le dé una mayor gloria y esté más de acuerdo con su voluntad.

9. Ahora bien, para saber si algo es conforme a la voluntad divina debe tener siempre ante su mirada y meditar siempre el espíritu de su divino Maestro y sus divinas enseñanzas.

10. Estas enseñanzas conciernen dos grandes puntos, a los cuales puede ser reconducido todo el Evangelio:

- 1° El fin del obrar. El cristiano debe tenerlo siempre presente para ir tras él con la sencillez de la paloma y para ello debe formarse la idea más clara y distinta posible.
- 2° Los medios, mediante los cuales con la prudencia de la serpiente poder alcanzar el fin.

Nota

En cuanto al fin, el cristiano debe proponerse y meditar continuamente tres máximas fundamentales. En cuanto a los medios, son también tres las máximas que debe proponerse y meditar. En total, seis máximas:

1. Desear única e infinitamente agradar a Dios, es decir ser justo.
2. Orientar todos sus pensamientos y acciones al incremento y a la gloria de la Iglesia de Jesucristo.
3. Conservar una perfecta tranquilidad en torno a todo lo que sucede por disposición divina con respecto a la Iglesia de Jesucristo, trabajando en su servicio dentro de la llamada divina.
4. Abandonarse a sí mismo en la Providencia de Dios.
5. Reconocer íntimamente la propia nada.
6. Disponer todas las ocupaciones de la propia vida con un espíritu de inteligencia.

Estas seis máximas formarán el argumento de las seis lecciones siguientes.

Primera Máxima

Desear única e infinitamente agradar a Dios,



es decir ser justo

1. El hombre que ama a Dios según la prescripción del Evangelio «*con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente*», reconoce que no puede dar a Dios ningún bien, porque Él los posee todos. Sin embargo, desea al menos hacerle justicia reconociendo sus infinitas perfecciones, y prestarle el mayor servicio, la mayor reverencia, sumisión y adoración posibles, es decir desea única e infinitamente la gloria de Dios.

Y puesto que la santidad del hombre consiste en el obsequio y gloria que se da a Dios, la perfección del Cristianismo comporta una tendencia a conseguir la mayor santidad posible.

2. El mayor obsequio que el hombre puede dar a Dios consiste en someter a Él su propia voluntad, deseando únicamente la mayor conformidad posible entre su querer y el de Dios. De modo que el hombre esté prontamente dispuesto a preferir aquello que más agrada a Dios antes que cualquier otra cosa, ya que no desea sino agradarle lo más posible. Éste es su único bien, y lo pide continuamente.

3. Lo que nos hace agradables a Dios es la *justicia*. Por eso conviene que el cristiano pida incesantemente ser cada vez más justo, cada vez más bueno.

Es necesario que en esto sea insaciable y que no se contente, pidiendo siempre más y más. Debe tener la mayor confianza de ser tanto más agradable a Dios cuanto más le pida esto. Las siguientes palabras lo confortarán: «*Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados*» (Mt 5,6).

En quien profesa la religión cristiana todo debe reducirse únicamente a esto: desear ser cada vez más justo de lo que es; pedir esta justicia sin descanso ni medida, infinitamente, de modo que su unidad con Jesús sea tal como la unidad de Jesús con el Padre.

El cristiano debe ser también insaciable, no debe tener jamás miedo de pedir demasiado. Debe abandonarse en la infinita bondad de su Padre celestial, quien con sus tesoros interminables y más que interminables lo llenará de riqueza espiritual. Dios sabrá el modo de hacerlo; tanto más, cuanto más el hombre pida insaciablemente ser justificado y unido a Dios.

Jesús se lo garantiza: «*Cualquier cosa que pidáis al Padre en mi nombre, os la dará*» (Ju 16,23). Y lo mueve a ello con su propio ejemplo. Antes que el cristiano pida la justicia, Cristo la pidió ya para él al Padre celestial, con una oración que no podía permanecer sin ser escuchada.

Sobre esta justicia, obtenida mediante su oración, Cristo fundó la Iglesia de los elegidos, la cual no puede perecer.

4. He aquí la oración de Jesús, la cual debe estimular al discípulo a pedir al Padre que lo haga siempre más justo: «*No ruego sólo por*

éstos [es decir por sus discípulos], sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí» (Jn 17,20-23).

5. Por tanto, el discípulo debe amar tanto la justicia, hasta que sea verdad que ha sido consumado en la caridad, «y ya no viva él, – como dice el Apóstol – sino que Cristo viva en él» (Gal 2,20).

6. Este deseo de justicia sin límite ni medida debe ser en él de la máxima pureza y sencillez.

Para obtener esto debe repetirlo incesantemente, totalmente recogido en sí, alejado en su pensamiento de toda cosa exterior, en una perfecta soledad interior. En este recogimiento debe pedir sin cansancio la misma cosa, según aquellas palabras: «*Estad en vela, pues, orando en todo tiempo*» (Lc 21, 36).

Debe también examinarse para ver si su deseo está verdaderamente purificado de todo otro deseo, de modo que en todas las cosas no ame sino esto solo: ser más bueno, más justo, que vale tanto como ser más agradable a Dios, aprobado por Él.

7. Es necesario que el cristiano no se extravíe ni se detenga en lo más mínimo si las cosas exteriores lo solicitan. Debe recurrir al recogimiento de su corazón y allí renovar sin pausa el deseo de una justicia pura, hasta llegar resueltamente a no querer de modo alguno ninguna cosa de la tierra, salvo en orden a la justicia, es decir para agradar lo más posible a su Dios.

8. Debe comprender – lo cual no es fácil – que todos los demás deseos deben estar subordinados al de la pura justicia. De allí únicamente debe nacer su libre deseo de una cosa cualquiera.

En otras palabras, algo debe ser buscado sólo en cuanto es conforme a la justicia y hace más justo al que la posee, y no en cuanto que posee otra valor diverso de este solo.

9. Como la justicia perfecta viene inmediatamente de Dios, y de ninguna otra fuente, por eso aquí abajo no debe poner su afecto en nada salvo que reconozca en ello el medio elegido por Dios para su santificación.

Debe cuidarse muy bien de imaginarse que sea así debido a un oculto afecto que pone en la cosa, lo cual sucede a muchos. Al contrario, debe tener por cierto que en las manos de Dios todas las cosas resultan instrumentos igualmente adecuados para sus fines, y que el Señor se complace a menudo en mostrar su poder utilizando como instrumento aquellas cosas que por su naturaleza parecen las menos adecuadas a sus fines.

El hombre no debe juzgar antes que Dios le manifieste su voluntad acerca del uso de las cosas humanas.

10. Deseando el cristiano infinitamente ser agradable a Dios, con ello quiere también para sí todos los verdaderos bienes, ya que para ser agradable a Él es necesario que los desee.

En tal deseo por lo tanto están contenidos todos los posibles buenos deseos, y por eso el hombre que lo posee, implícitamente desea la salvación de todos sus hermanos, de la manera que Dios la quiera y que le resulte grata.

Segunda Máxima
*Orientar todos los propios pensamientos
y acciones al incremento y a la gloria*



de la Iglesia de Jesucristo

1. El primer deseo que nace en el corazón del cristiano del supremo deseo de la justicia es el del incremento y la gloria de la Iglesia de Jesucristo.

Quien desea la *justicia* desea toda la posible *gloria de Dios*, desea todo lo que resulte grato a Dios. Ahora, el cristiano sabe por fe que el Padre celestial ha puesto toda su complacencia en su unigénito Hijo Jesucristo, y sabe que Jesucristo ha puesto su complacencia en sus fieles, los cuales forman parte de su reino.

2. Por lo tanto, el cristiano no puede equivocarse jamás cuando se propone toda la *Santa Iglesia* como objeto de sus afectos, de sus pensamientos, de sus deseos y de sus acciones.

Conoce con certeza la voluntad de Dios en esto, sabe que Dios quiere que la Iglesia de Jesucristo sea el gran medio por el cual su nombre sea plenamente glorificado.

3. Acerca de cualquier cosa particular el cristiano puede dudar si Dios quiere hacerla instrumento de su gloria de este o de aquel modo, pero con respecto a toda la Iglesia de Jesucristo no puede dudar, ya que con toda certeza ella ha sido establecida como el gran instrumento y el gran medio de su glorificación ante todas las criaturas inteligentes.

4. Pero no se podría ya asegurar lo mismo de una parte no esencial al gran cuerpo de la Santa Iglesia. El cristiano debe poner su afecto en la esposa inmaculada de Jesucristo toda entera, pero no de la misma manera en todo lo que forma una parte de ella y que Dios no ha manifestado que verdadera y establemente le pertenezca. En resumen, ningún medio particular, por más que considerado en sí mismo, si Dios lo quisiese, pudiera ser un medio para su gloria, debe ser amado ilimitada e incondicionadamente. En efecto ¿quién sabe si Dios no rechazará aquel medio, siendo sus caminos ocultos al pensamiento y a la vista del hombre?

Pero cuando se trata de toda la Iglesia ya no hay dudas. Dios la eligió como instrumento de su gloria, sin que exista posibilidad alguna de que se arrepienta en toda la eternidad.

Si el cristiano que se propone responder a su vocación e ir tras la perfección, no ha comenzado a hacer otra cosa que buscar en todas las cosas la gloria de Jesucristo, su profesión consiste por consecuencia necesaria, en ocupar sus fuerzas en servir únicamente a la Santa Iglesia. Debe pensar constantemente en ella y desear consumir sus fuerzas y derramar su sangre por ella, a imitación de Jesucristo y de los mártires.

5. La Santa Iglesia de Jesucristo se divide en aquella parte que se

halla todavía en camino sobre la tierra y en aquella que ha alcanzado su término en el cielo, o está próxima, a alcanzarlo en el purgatorio.

El cristiano sabe que dos de estas tres partes de la Iglesia duran mientras dure esta tierra, y la Iglesia que está en el Cielo, eternamente. Las tres han sido elegidas como instrumento y sede de la gloria de Dios en Jesucristo, que es su cabeza y las gobierna.

El cristiano, miembro de tan augusta sociedad, debe amarlas ilimitadamente en Jesucristo, deseando consumirse por ellas, hasta derramar su propia sangre.

6. El cristiano sabe por la palabra de Jesús que la Iglesia que se encuentra en camino aquí en la tierra, está fundada sobre una roca, contra la cual no pueden prevalecer las fuerzas del infierno. Está fundada sobre la cabeza de los Apóstoles San Pedro y sus sucesores, los Romanos Pontífices, Vicarios supremos de Jesucristo en la tierra.

Por lo tanto, sabe por la revelación divina que esta sede fue elegida por beneplácito de su divino fundador, de modo que no puede fracasar.

Se puede decir que en virtud de tal elección ha llegado a ser la parte esencial de la Iglesia de Jesucristo. En cambio, todas las otras partes de la misma no pueden considerarse sino como accidentales, ya que no han recibido la infalible promesa de que, tomadas singularmente, no puedan perecer durante cierto tiempo.

Por consiguiente, el cristiano deberá alimentar en sí mismo un afecto, un apego y un respeto sin límite alguno por la Santa Sede del Romano Pontífice. Deberá amar y procurar sin ningún límite la gloria verdadera y santa, el honor y la prosperidad de esta parte esencial de la inmaculada esposa de Jesucristo.

7. En cuanto a aquella porción de la Santa Iglesia que ha alcanzado ya el estado final, el cristiano fiel deberá contemplarla continuamente, como a aquella parte que ya ha alcanzado su perfecto incremento y su perfecta belleza.

Debe suscitar y acrecentar continuamente en sí el deseo de que todos los miembros de la Iglesia, o quienes han sido predestinados y

elegidos desde la eternidad, alcancen esa suma perfección, para que así venga todo el reino de Dios y se reúna en torno a Él, cumpliendo de esa manera su gloria y su triunfo por todos los siglos de los siglos.

Éste es el beneplácito de la voluntad divina, aquello en lo que Dios se complace desde la eternidad. Y por lo tanto éste debe ser también el único término de los deseos del cristiano, porque es el término de la voluntad de Dios.

8. Pero aquel fin no puede tener lugar sin que perezcan antes todas las cosas de la tierra. El cristiano mismo deberá morir y su cuerpo convertirse en polvo; todo el universo será finalmente destruido y juzgado.

El cristiano por lo tanto deseará también esto, ya que conoce que éste es el medio establecido por Dios para conseguir la plenitud de la gloria divina y el gran triunfo de Jesús.

Por eso, así como debe tener siempre presente la gloria celestial, así también debe tener siempre presente en todas sus acciones la caducidad de todas las otras cosas, su tránsito fugaz, y la muerte, medio para alcanzar el descanso final del cielo.

9. Caminará por esta vida como si cada día tuviese que abandonar todo, como si debiese morir a cada instante, sin hacer muchas previsiones en lo que a él respecta. Pero debe tener siempre en el corazón las palabras del Divino Maestro: *«Estén ceñidos vuestros lomos y las lámparas encendidas, y sed como hombres que esperan a que su señor vuelva de la boda, para que, en cuanto llegue y llame, al instante le abran. Dichosos los siervos, que el señor al venir encuentre despiertos: yo os aseguro que se ceñirá, los hará ponerse a la mesa y, yendo de uno a otro, les servirá. Que venga en la segunda vigilia o en la tercera, si los encuentra así, ¡dichosos de ellos! Entendedlo bien: si el dueño de casa supiese a qué hora iba a venir el ladrón, no dejaría que le horadasen su casa. También vosotros estad preparados, porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre»* (Lc 12,35-40).

Tercera Máxima

Conservar una perfecta tranquilidad acerca de todo lo que por disposición divina sucede con respecto a la Iglesia de Jesucristo, trabajando en su servicio dentro de la llamada divina

1. Jesucristo posee la potestad sobre todas las cosas tanto en el cielo como en la tierra y ha merecido el título de Señor absoluto de todos los hombres.

Por ello, Él solo regula todos los acontecimientos con sabiduría, poder y bondad indecibles, según su divino beneplácito y para el mayor bien de sus elegidos, los cuales integran su amada esposa, la Iglesia.

2. Por lo tanto, el cristiano debe gozar de una perfecta tranquilidad y conservar un gozo pleno, descansando enteramente en su Señor, aún cuando los acontecimientos parecieran contrarios al bien de la Santa Iglesia.

No ha de dejar por ello de gemir y suplicar que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo, es decir que los hombres practiquen en la tierra la ley santa del amor, como hacen los santos en el cielo.

3. El cristiano debe expulsar de su corazón la inquietud y toda especie de ansiedad y de solitud, incluso aquella que a veces parece tener como fin únicamente el bien de la Iglesia de Jesucristo.

Mucho menos debe engañarse temerariamente pensando poder reparar aquellos males, antes de que se le manifieste la voluntad del

Señor al respecto.

Debe tener presente que sólo Jesucristo gobierna la Iglesia. No hay nada que más le desagrade, ni cosa más indigna de su discípulo, que la temeridad de aquellos que, dominados por la ceguera de su mente y por un orgullo oculto, presumen de poder hacer espontáneamente algún bien en la Iglesia, por pequeño que sea, sin ser a ello llamados ni movidos por Él. Como si el Divino Redentor tuviese alguna necesidad de su miserable cooperación o de la de un hombre cualquiera.

El Divino Redentor no necesita de nadie para la glorificación de su Iglesia, que consiste en la liberación de la esclavitud del pecado, en la cual están todos los hombres por igual.

Solamente por su gratuita misericordia Él elige de entre el pueblo de los redimidos aquellos a quienes le place elevar a tales honores.

Además, por lo general se vale de lo más débil y despreciable a los ojos del mundo para realizar las obras más grandes.

4. Para concluir resumamos todo lo dicho acerca del *fin* que el cristiano debe proponerse y tener siempre presente en todas sus acciones.

Hemos visto que este fin debe ser:

- I. la *justicia* o santidad, porque en ella consiste la gloria de Dios;
- II. la *Iglesia* de Jesucristo, porque es el modo establecido por Dios para conseguir su gloria;
- III. la *llamada* de Jesucristo, Porque Él gobierna con sabiduría la Iglesia a su beneplácito, a fin de que dé a Dios la máxima gloria.

Una vez purificada de tal manera la intención, y habiéndose propuesto únicamente el fin indicado, al cual dirigir todas las acciones de la propia vida, el seguidor de Jesucristo debe también conocer y establecer los medios para alcanzar tal fin.

Los encontrará dirigiendo su conducta según las tres máximas de las que se trata en las siguientes lecciones.

Cuarta Máxima
*Abandonarse totalmente a sí mismo
en la divina Providencia*

1. Tal vez no haya otra máxima que contribuya más que ésta a obtener la paz del corazón y la constante serenidad propia de la vida del cristiano.

2. No hay tal vez ninguna otra que, practicada con aquella sencillez y generosidad de corazón que ella exige, haga al seguidor de Jesucristo más agradable al Padre celestial.

En efecto, ella supone una entera confianza en Él y sólo en Él. Supone el completo desprendimiento de todo lo que en apariencia es agradable, poderoso y noble de la tierra; un tierno amor reservado sólo a Dios. Supone también una vivísima fe, que le hace tener por indudable que todas las cosas del mundo, pequeñas y grandes, dependen por igual de la mano de su Padre celestial y sólo actúan como Él dispone para alcanzar sus elevados fines. Supone la fe en la bondad, misericordia, liberalidad y generosidad infinitas del Padre celestial, quien dispone todo para el bien de los que confían en Él: sus dones, sus delicadezas, su solicitud y sus gracias están en proporción a la confianza que en Él ponen sus hijos bien amados.

3. No hay ninguna otra máxima que el Divino Maestro haya recomendado más que ésta de palabra y con el ejemplo.

He aquí lo que dice a sus discípulos para confortarlos en las persecuciones que sufrirían de parte de los hombres: «*Os digo a vosotros, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después de*

esto no pueden hacer más. Os mostraré a quién debéis temer: temed a Aquel que, después de matar, tiene poder para arrojar a la gehenna; sí, os repito: temed a ése. ¿No se venden cinco pajarillos por dos ases? Pues bien, ni uno de ellos está olvidado ante Dios. Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis; valéis más que muchos pajarillos. – Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis: porque la vida vale más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido; fijaos en los cuervos: ni siembran, ni cosechan; no tienen bodega ni granero, y Dios los alimenta. ¡Cuánto más valéis vosotros que las aves! Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un codo a la medida de su vida? Si, pues, no sois capaces ni de lo más pequeño, ¿por qué preocuparos de lo demás? Fijaos en los lirios, cómo ni hilan ni tejen. Pero yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba que hoy está en el campo y mañana se echa al horno, Dios así la viste ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! Así pues, vosotros no andéis buscando qué comer ni qué beber, y no estéis inquietos.

Que por todas esas cosas se afanan los gentiles del mundo; y ya sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de eso. Buscad más bien su Reino, y esas cosas se os darán por añadidura. No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien claros a vosotros el Reino. Vended vuestros bienes y dad limosna. Hacedos bolsas que no se deterioran, un tesoro inagotable en los cielos, donde no llega el ladrón, ni destruye la polilla; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón» (Lc 12,4-7, 22-34).

4. ¡Qué completa es esta instrucción del Divino Maestro acerca del modo en que su fiel discípulo debe abandonarse en los compasivos brazos de la divina Providencia!

5. En primer lugar, el discípulo aprende que el fundamento de su total e ilimitada confianza es el mismo Jesús.

Ya desde el comienzo dice que sus palabras están dirigidas a sus amigos. Y por amigos no entiende sólo los perfectos, sino todos los cristianos y entre éstos también los pecadores. Él llama amigos suyos

aquellos a quienes ha manifestado el Evangelio. Nos debe confortar mucho el pensar que Jesús no negó el nombre de amigo ni siquiera a Judas, cuando se acercó a Él para traicionarlo.

Es suficiente que alguien crea en Jesús para que tenga ya el fundamento de una confianza ilimitada en su Padre celestial, que no debe faltarle ni siquiera por las propias culpas.

6. En segundo lugar, aprende que es tan razonable abandonarse enteramente en las manos de la divina bondad, cuanto es insensato confiar en sí mismo. El hombre es un ser sumamente débil y no puede alterar ni siquiera mínimamente el curso que Dios ha establecido para todas las cosas en el universo. Su prosperidad, su misma existencia están pendientes de la mano de Dios y nada de lo que haga puede substraerlo a esta dependencia: vaya a donde vaya, aun cuando pudiese penetrar en los cielos o descender a los abismos.

7. En tercer lugar, aprende que teniendo tales razones para abrigar una confianza ilimitada en el Padre celestial, no debe temer en absoluto abandonar todas las seguridades humanas, vender todo lo suyo y darlo a los pobres.

No debe temer profesar en definitiva la pobreza efectiva, siempre y cuando lo haga para estar libre para las cosas de Dios, para dedicarse completamente a Él, para buscar su reino y su justicia, para arrancar de su corazón todo afecto terreno. En una palabra: para seguir a Cristo y compartir las estrecheces de la beata desnudez de su cruz, muriendo en ella a la tierra y viviendo sólo para el cielo, porque donde está su tesoro allí se encuentra también su corazón.

8. Aprende en cuarto lugar que, si bien no le está permitido inquietarse por las cosas humanas y se le aconseje desprenderse de ellas, no se le prohíbe sin embargo pedir lo necesario a su Padre celestial, siempre y cuando lo haga luego de haber pedido su reino y su justicia, y en orden a él. De manera que «nuestro pan de cada día» se pueda llamar también adecuadamente *supersustancial*, es decir medio de bendición espiritual.

9. «Pedid y se os dará», dice en otra parte el Divino Maestro. *«Buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá. ¿O hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le dé una piedra; o si le pide un pez, le dé una culebra? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!»* (Mt 7,7-11).

10. Todo lo cual enseña al cristiano a pedir todo al Padre celestial con gran sencillez y confianza, a abrirle todos los deseos de su corazón. Con la condición de que lo haga con la única intención de que suceda siempre lo que a Él más agrade, ya que así obtendrá siempre gran fruto de su oración.

Dios lo escuchará, sí; pero si le pidiera cosas inútiles o dañinas, enderezará su ignorancia. Al escucharlo, lo colmará de verdaderos bienes y de esa manera le dará aun más de lo que pide. Puesto que Él es un padre que sabe dar cosas buenas a sus hijos y jamás algo que pueda hacerles daño.

11. En quinto lugar, aprende que no le está prohibido hacer todo lo que naturalmente conduce a satisfacer las necesidades de la vida. Es la solicitud, la ansiedad lo que se le prohíbe, porque si se inquieta por el deseo de lo que le falta, pierde la paz del alma y la tranquilidad propia de quienes descansan en Dios.

Puede ver en el momento presente la voluntad divina y gozar de los bienes que tiene, con sencillez, dando gracias. Pero es contrario al abandono en la Providencia divina la preocupación excesiva por el futuro, ya que el querer divino con respecto a él no ha sido todavía manifestado y el cristiano no debe amar otra cosa que el querer divino.

Y puede amarlo gozando con moderación e inocencia de los bienes presentes, ya que le son dados por Dios, pero no inquietándose por los que vendrán, porque el Señor no ha dispuesto aún acerca de ellos. Si ama su voluntad, gozará tanto de su privación, si así Dios lo dispone, como de su adquisición.

12. Por eso dice Jesús: *«Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal»* (Mt 6,33-34).

Que al peso que grava el alma por las preocupaciones del día de hoy no se añada también el pensamiento del mañana.

13. En resumen, hay un signo cierto por el que el cristiano puede saber si le falta aquella plena confianza que le es prescrita por el cuidado providente de su Padre celestial. Consiste en examinarse a sí mismo, a fin de descubrir si experimenta inquietud acerca de los bienes y los males de este mundo.

Debe examinarse a fin de saber si está siempre plenamente tranquilo, sereno y dispuesto a todo en cualquier circunstancia. O si, por el contrario, de las empresas de la angustia y experimenta inquietud por el resultado empresas humanas. Si, como hombre de poca fe, espera y teme exageradamente, encontrándose así en una oscilación constante.

14. En sexto lugar, la perfección de la vida cristiana consiste en el propósito firme de no querer otra cosa en todas las acciones de la vida sino aquello que más agrada a Dios y está más conforme con su voluntad. La vida perfecta no es otra cosa sino la profesión de servir a Dios lo más posible en todas las acciones. De allí se sigue que también las acciones honestas realizadas por el hombre para la conservación de la propia vida, incluso el agradecimiento por los dones divinos, no deben hacerse mirando a un bien o a un placer presente, sino únicamente en la persuasión de que, en las circunstancias en que se encuentra, es lo más agradable a Dios y, por consiguiente, lo más perfecto.

15. En resumen, el cristiano no realiza ningún cambio teniendo como fin su satisfacción presente, aunque sea honesta, sino únicamente teniendo como fin su propio deber y para resultar más agradable a Dios.

16. De esta máxima proviene la estabilidad del cristiano perfecto. El cristiano no ama los cambios. En cualquier situación que se encuentre, por humilde que sea, por más despreciable y carente de todo lo que aman los hombres, permanece contento y no admite pensamiento alguno de cambio, si no ve en ello el querer divino.

Es propio de la gente del mundo el no estar jamás contenta con el estado en que se encuentra. Los hombres del mundo están en constante guerra por ocupar los mejores puestos. La perfección del cristiano, por el contrario, requiere que esté contento con cualquier puesto y que no se preocupe sino por cumplir los deberes inherentes a su estado. Todo en el mundo le da lo mismo, mientras que así lo quiera su Dios, a quien encuentra en cualquier condición.

17. Esta constancia e inmutabilidad del cristiano en la condición en la que se encuentra, forma hombres que conocen a fondo su estado, que lo aman y saben llevar a cabo sus responsabilidades con competencia.

¡Esta virtud conviene tanto a la caducidad de las cosas humanas! Por ese motivo San Pablo la recomienda vivamente a los Corintios con aquellas palabras: *«Hermanos, permanezca cada cual ante Dios en el estado en que fue llamado. Acerca de la virginidad no tengo precepto del Señor. Doy, no obstante, un consejo, como quien, por la misericordia de Dios, es digno de crédito. Por tanto, pienso que es cosa buena, a causa de la necesidad presente, quedarse el hombre así. ¿Estás unido a una mujer? No busques la separación. ¿No estás unido a mujer? No la busques. Mas, si te casas, no pecas. Y, si la joven se casa, no peca. Pero todos ellos tendrán su tribulación en la carne, que yo quisiera evitaros. Os digo, pues, hermanos: El tiempo es corto. Por tanto, los que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen. Los que lloran, como si no llorasen. Los que están alegres, como si no lo estuviesen. Los que compran, como si no poseyesen. Los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen. Porque la apariencia de este mundo pasa. Yo os quisiera libres de preocupaciones»* (1Cor 7,24-32).

18. En séptimo y último lugar, el cristiano que se atiene a esta regla en su conducta, estará dispuesto con igual facilidad y contento a cambiar de estado, cuando se le manifieste la divina voluntad o la

de sus superiores, que cumplen las veces de Dios. Su ánimo se conservará siempre en aquel estado áureo de indiferencia que tanto recomendaba San Ignacio y que estableció como fundamento de sus *Ejercicios*, es decir de toda la vida espiritual.

19. Esta indiferencia no proviene sólo del propósito de servir a Dios, que constituye el fin para el que todos han sido creados, sino también del propósito de servirlo de la manera en la que Él quiere ser servido por cada uno de nosotros. Éste es el primer medio por el cual es posible alcanzar aquel gran fin.

20. En efecto, si el cristiano quiere servir a Dios no ya según el modo elegido por sí mismo, sino según el modo prescrito y querido por Dios para él, llegará a ser indiferente (por cuanto se refiere a su libre voluntad, no ya a su inclinación natural) a aquellas cuatro condiciones, tan bien distinguidas por San Ignacio:

- a) a la salud y a la enfermedad;
- b) a las riquezas y comodidades y a las miserias de la vida;
- c) al honor y al desprecio del mundo;
- d) a una vida larga y a una vida breve, o que convenga abreviar bajo la fatiga y el dolor.

21. El discípulo de Cristo hará examen de sí mismo con frecuencia, a fin de conocer si es de verdad indiferente a la pobreza y a la riqueza, al honor y al desprecio, a la salud y a la enfermedad, a una vida larga y a una vida breve. Tal examen le descubrirá el camino que ha hecho en el camino de la perfección evangélica.

22. La indiferencia a la que debe tender incesantemente el fiel cristiano, se puede resumir también en los tres puntos siguientes:

- a) respecto de cualquier oficio que se le confíe;
- b) respecto de cualquier lugar en que le toque vivir;
- c) respecto de cualquier estado de salud corporal en que se encuentre.

Quinta Máxima



Reconocer íntimamente la propia nada

1. El discípulo de Jesucristo debe vivir perpetuamente en una interior soledad, en la cual, tras haber desaparecido todo lo demás, no encuentre más que a Dios y a su propia alma.

2. Debe tener siempre presente a Dios, a fin de alabar su grandeza. También a sí mismo, para tomar cada vez mayor conciencia de su propia debilidad y de su propia nada.

3. El cristiano debe tener impresas en su mente las razones de su nulidad. En primer lugar, la razón por la que todas las cosas son nada. Luego, aquellas que humillan especialmente al hombre. En tercer lugar, las que humillan a su propia persona.

4. Así como es un átomo en comparación con el universo, el hombre es nada en comparación con Dios, del cual solo viene todo lo bueno que posee.

La culpa en la que ha sido concebido, la inclinación al mal que lleva en sí mismo y los pecados con los que él mismo se ha manchado, deben persuadirlo de dos grandes verdades:

1. que no es capaz de hacer nada bueno por sí mismo;
2. que no sólo es capaz de todo el mal, sino que es tan débil que puede fallar a cada instante, si no lo socorriera la divina misericordia. Es por ello que, según lo dicho por el Apóstol, debe siempre «*trabajar con temor y temblor por la propia salvación*» (Fil 2,12).

5. La primera de estas dos grandes verdades lo debe persuadir a no emprender nada a no ser que sea movido por la conciencia de que ésa es la voluntad divina. Y esto en cuanto a cambiar de estado en esta vida, como ya dijimos, ni por ningún otro motivo. No es posible que una persona que se cree sinceramente incapaz de todo bien, emprenda nada por propia iniciativa.

6. Por eso, en el cristiano deben unirse dos disposiciones aparentemente opuestas, pero que sin embargo se conjugan armoniosamente: el mayor celo por la gloria de Dios y por el bien de su prójimo, junto con el sentimiento de ser incapaz de todo bien, incapaz de poner remedio alguno a los males del mundo.

7. Debe imitar la humildad de Moisés, a quien tanto costó creer que era él el elegido para liberar al pueblo de Dios. Con una sencillez y confianza llenas de afecto suplicó a Dios mismo que lo dispensase de aquella carga porque era tartamudo. Le pidió que enviara en cambio a Aquél que debía venir, es decir al Mesías prometido. Y todo esto a pesar de que Moisés se desbordase de celo por la salvación de su pueblo.

El cristiano debe meditar e imitar continuamente la profundísima humildad de la Virgen María. Las Sagradas Escrituras la describen siempre con una calma una paz y una serenidad constantes . Por propia elección la vemos en una vida humilde, retirada y silenciosa, de la cual es sólo llamada por la voz del mismo Dios y por

los sentimientos de caridad hacia su pariente Isabel.

Según los juicios humanos ¿quién creería que en las Divinas Escrituras se nos narre tan poco acerca de la más perfecta de todas las creaturas humanas? No emprendió ninguna obra. La ceguera del mundo diría que su vida transcurrió en la inacción continua. Pero Dios la declaró la más sublime, la más virtuosa y la más magnánima, de todas las vidas. Gracias a ella la doncella humilde y desconocida fue exaltada por el Todopoderoso a la más alta de todas las dignidades. Se le concedió un grado de gloria más elevado que a ninguna otra creatura, no sólo entre los hombres, sino incluso entre los ángeles.

8. La segunda verdad debe producir en el cristiano un temor razonable de los peligros, de los cuales la Escritura nos dice que el mundo está lleno. El evangelista Juan llega a asegurarnos que todo lo que hay en el mundo constituye un peligro (cfr. 1Jó 5,19).

9. Por ello, el cristiano que quiere ser perfecto profesará una vida retirada, el silencio y la ocupación continua.

10. Profesará una vida retirada prescribiéndose no salir de su casa sin necesidad, es decir sin que se lo exijan los deberes del propio estado o bien la caridad hacia el prójimo, asumida de modo razonable.

11. Profesará el silencio buscando no decir palabra ociosa alguna, es decir que no sirvan a la edificación propia o a la de los otros, o bien que no sean necesarias según sus deberes y los requerimientos de la propia vida.

12. Finalmente, profesará una ocupación continua, de modo que jamás pierda ni siquiera una pizca de tiempo. Debe pensar a menudo que el tiempo tiene un valor altísimo, que los momentos que se le escapan sin haber obtenido de ellos beneficio para su alma son irreparables. También de estos momentos deberá rendir cuenta detallada a Dios, como de un talento que se le había confiado para

que con él negociara. Todo esto se exige de modo especial a quien profesa la vida perfecta, porque en ella el hombre se propone dedicarse únicamente y del modo más inmediato posible al culto divino, es decir con todas sus fuerzas y con todo su tiempo.

Sexta Máxima

Disponer todas las ocupaciones de la propia



vida con un espíritu de inteligencia

1. El cristiano no debe caminar jamás en las tinieblas, sino siempre en la luz.

2. A tal efecto debe pedir mediante una súplica continua al Espíritu Santo el don de *inteligencia*, para penetrar y comprender las sublimes verdades de la fe. El don de *sabiduría*, para juzgar rectamente las cosas divinas. El don de *ciencia*, para juzgar rectamente las cosas humanas. Finalmente, el don de *consejo*, para saber dirigirse a sí mismo, aplicando las verdades conocidas a las acciones particulares de su vida.

3. El cristiano debe distinguirse por la seriedad, la consideración y la madurez en todas las cosas. Debe huir de la prisa y de la precipitación, propias del hombre del mundo. Éstas son contrarias a los dones del Espíritu y son efectos de un querer humano lleno de la ansiedad que quita la paz tan recomendada por el Divino Maestro.

4. El espíritu de inteligencia lo llevará siempre a pensar en su propia corrección antes que en la del prójimo.

5. A. En cuanto a la propia enmendación y perfección, la voluntad de Dios se le manifestará fácilmente y la podrá reconocer en primer lugar en las circunstancias en las que se encuentra.

Según este principio certísimo comprenderá que:

- * Lo primero que la voluntad de Dios le prescribe es ejercitar con fidelidad, exactitud y prontitud todos los deberes del propio estado; corresponder a todas las relaciones por las cuales se encuentra vinculado con los demás hombres; tener para con ellos todas las atenciones y consideraciones que naturalmente resultan de tales vínculos. En definitiva, ejercer la caridad con ellos de tal modo que deban quedar satisfechos de él.
- * La conversación con las personas con las que debe tratar debe estar llena de dulzura, de santa amabilidad y de sólida edificación. Por amor a la vida retirada evitará tratar con quienes no tiene ninguna obligación.

6. El mismo principio de corresponder al estado recibido de Dios y de ocupar bien todo su tiempo hará del cristiano una persona amante de la fatiga y particularmente de aquella actividad u ocupación a que se dedica, en la cual será diligente. Si ocurre que progresa en su ocupación, lo considerará un mérito ante Dios. En efecto, la voluntad de Dios es que corresponda bien a aquel estado en que lo ha colocado.

7. El cristiano que se dedica al estudio, lo hará no por amor del estudio mismo, sino por amor de Dios, a quien sirve. Si tiene una

ocupación manual, se ocupará en ella por el mismo fin.

De tal manera, el cristiano no considerará jamás un oficio más o menos noble que otro, ya que con todos sirve igualmente al mismo Dios.

Cada uno trabaja su parte, como aprendiz en el gran taller de un mismo patrón. Y cada uno recibe su jornal al acabar el día, no ya según el tipo de trabajo realizado, sino según la fidelidad, la asiduidad, el cuidado y el amor al patrón al realizarlo.

8. Luego de los deberes del propio estado (entre los cuales están comprendidas las prácticas religiosas), el discípulo de Jesucristo ocupará el tiempo que tenga de sobra:

- 1° en la lectura de libros piadosos, ya sea para instruirse mejor en las verdades de la fe o para meditar en la grandeza, la infinita bondad, la omnipotencia y la sabiduría divina.
- 2° en la oración practicada de modo espontáneo, en la cual será lo más asiduo posible, incluso mientras realiza su propio trabajo. Debe lograr que esta oración le resulte familiar y sea para él la cosa más querida de todas. Las horas que pase en ella deberán ser para él horas de delicia y de gracia. Mediante ella el hombre, con toda su vileza, es introducido a la audiencia de su Rey Divino y admitido a conversar inmediatamente con Él.

9. En tercer lugar, se concede al cristiano ocupar una parte de su tiempo en las necesidades corporales. Entre ellas ocupan el primer puesto el comer, el cual deberá ser sobrio y no rebuscado, y el dormir, también según las reglas de una justa moderación.

10. El cristiano se permitirá también un descanso moderado. Jesucristo le ha enseñado con el ejemplo a hacer todo lo necesario para la propia subsistencia y también a descansar, como cuando se puso a dormir en la barca y cuando se sentó junto al pozo de Samaria.

11. Las circunstancias del propio estado y las relaciones que lo vinculan a sus semejantes podrían ser tales que no le impidieran pasar a la ejecución de los consejos evangélicos, es decir a la profesión efectiva de la pobreza, la castidad y la obediencia.

Como el cristiano desea ardientemente asemejarse lo más posible a su divino Ejemplar y no descuidar nada de lo que su Divino Maestro ha recomendado como perteneciente a una vida de perfección, abrazará en ese caso fervorosa y ávidamente estos consejos: todos, si las circunstancias se lo permiten, o al menos alguno de ellos, si por sus circunstancias sólo le es posible abrazar alguno.

12. Si bien el cristiano no busca por sí mismo hacer nada grande, ya que se ve sinceramente incapaz de todo; aunque esté encariñado y contento ocupándose únicamente de los deberes de su estado; si bien elija para sí una vida retirada y lo más solitaria, silenciosa y oculta posible, sin embargo no es insensible a los bienes o males de sus hermanos.

Reza por ellos, se consume por su bien, está siempre dispuesto a gastarse y a sacrificarse totalmente por su salud espiritual. Pero lo hace cuando tiene razones para creer que su celo no está movido por la propia voluntad y temerariamente, sino porque Dios así lo quiere de él.

13. El espíritu de inteligencia debe dirigirlo también en esto: para conocer la voluntad de Dios acerca del servicio que debe prestar a sus hermanos.

14. Este espíritu de inteligencia le dice que también con respecto a la caridad que debe tener para con sus hermanos, la voluntad de Dios suele manifestarse en primer lugar y de ordinario mediante las circunstancias externas.

15. Estas circunstancias, por las cuales puede fundadamente conocer cuáles actos particulares de caridad está llamado a ejercer con

su prójimo, son las siguientes:

- 1° Percibir con sus ojos las necesidades del prójimo. San Juan dice claramente: «*Si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?*» (1Jn 3,17).
- 2° Ser requerido por su prójimo de alguna obra de caridad, ya que el Divino Maestro, que dice: «*Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5,48), en otra parte dice que nuestro Padre celestial nos da todo aquello que le pedimos en su nombre. El cristiano, por lo tanto, debe dar también todo lo que puede, cuando el prójimo se lo pide, si quiere ser perfecto como es perfecto el Padre celestial.

16. A fin de realizar bien la obra de caridad que se le pide debe prestar ese servicio de buena gana y con alegría, si es que quiere corresponder a la vocación a una vida perfecta en la caridad.

Hará todo esto con gran molestia suya, con gran gasto de su parte. Tendrá aquel ferviente amor que no piensa en sí mismo, sino siempre en los demás.

Mostrará aquella caridad que el Divino Maestro ha tenido con los hombres. Jesús ha mostrado que la perfección de la caridad no tiene límite de delicadeza humana, llegando hasta derramar su propia sangre y a hacerlo en el patíbulo.

17. De tal manera sucede que el cristiano fervoroso y humilde no elige de suyo sino una vida oculta, retirada de los peligros y de los hombres, una vida ocupada totalmente en la perfecta contemplación, dividida entre la oración generosa y el estudio o el ejercicio de una profesión u oficio manual, las necesidades de la vida y algunos instantes de descanso.

Sin embargo, es llamado por la fuerza de la caridad fuera de su escondite, que ama no por inercia, sino por sincera humildad. Es conducido a una vida activa, inmerso incluso, si Dios así lo quiere, en un mar infinito de preocupaciones, molestias, negocios y asuntos grandes y pequeños, altos y bajos, por el bien de su prójimo, según el

orden en que la voluntad de Dios disponga que se le presenten.

18. Dotado de un tal espíritu de inteligencia, el cristiano lleno de caridad llega a ser, en medio de sus circunstancias, mayor que sí mismo; abraza cosas grandísimas, llenas de fatiga y de peligros. Todo esto siempre y cuando Dios le haga sentir internamente que es capaz de realizarlo y sus superiores no se lo prohíban, y se vea expresa o tácitamente requerido a ello por su prójimo, en el cual ve siempre a su divino Señor.

19. El cristiano amante de la perfección acepta estas obras de caridad sin tener una voluntaria predilección por una antes que por otra.

20. Observa por lo tanto las tres reglas siguientes:

- 1° Abraza las primeras obras de caridad a las cuales su prójimo lo requiera, pequeñas o grandes, agradables o molestas, que podría ser realizadas por cualquier persona o solamente por él. No las rechaza jamás esperando otras inciertas en el futuro.
- 2° Si es solicitado a varias obras de caridad al mismo tiempo y no puede realizarlas todas simultáneamente, elije según *el orden de la caridad*, poniendo cuidado siempre de aceptar sólo aquellas que son proporcionadas a sus fuerzas.
- 3° Finalmente, no se cansa ni se fastidia por ninguna obra de caridad. Las lleva todas a término, si puede. Y si conllevan una ocupación continua, persevera y no acepta otra distinta de la que ha emprendido, permaneciendo en ellas como en su propia vocación.

21. La voluntad de Dios, que ordinariamente se manifiesta mediante las circunstancias externas, puede manifestarse también mediante inspiraciones internas extraordinarias, siempre y cuando las circunstancias externas no indiquen absolutamente lo contrario.

22. Por lo tanto, el cristiano puede contrariar la conciencia de la

propia nulidad si un impulso interno del Espíritu Santo le manifiesta con claridad el querer divino. En este caso, puede aceptar obras diversas de las que le sugiere el estado en que se encuentra.

23. Pero tales inspiraciones deben estar bien probadas. Deben discutirse los secretos del propio corazón de modo que no se mezcle en ellas la voz del amor propio y el hombre no sea engañado por el demonio, que a veces se transforma en ángel de luz.

Finalmente, ayuda mucho que estas inspiraciones sean confirmadas por quienes lo dirigen espiritualmente.

24. La regla infalible y general para comprobar cuál es la divina voluntad, manifestada tanto por los signos de las circunstancias externas como por las internas inspiraciones, debe ser la paz y el gusto sereno de las cosas, que el cristiano experimenta en lo profundo de su conciencia.

Debe recogerse en sí mismo y escuchar atentamente si siente alguna inquietud. Si se examina atentamente, encontrará el signo de su condición. El amor propio y un fin humano, sea cual sea, dejan siempre en el hombre una cierta perturbación.

Una vez conocida esta ligera turbación, y si así lo quiere, podrá descubrir enseguida la razón. Reconocerá en sí mismo qué es lo que no proviene del puro espíritu de Dios – espíritu de perfecta calma – sino de su propio espíritu, de una soberbia sutil, de una sensibilidad no del todo sometida; en definitiva, de un engaño del enemigo.

25. Y si los cristianos practicasen todas estas cosas según la enseñanza de su Divino Maestro, conformarían una sociedad pacífica y feliz, no sólo en la vida futura, sino también en la presente.



Invocaciones

11 de octubre de 1832

- Padre, como tu divino Hijo rezaría en mí, así quiero yo rezar.
- Padre, dame todas las cosas.
- Padre, dame el bien; he sido creado para el bien, dame el bien.

13 de octubre de 1832

- Dame fuerza, Dios mío. Da fuerza a todos, Dios mío.
- Padre, por tu divino Hijo Crucificado por mí, piedad, misericordia.
- Padre, Tú ves el fondo de mi alma, hazme bueno.
- Tú me has creado ... no me lo puedes negar: te pido todas las cosas.
- ¡Oh, Dios mío! Tú que sabes todo ... me pongo en tus manos.

19 de octubre de 1832

- ¡Oh, Jesús mío, piedad! ¡Oh, mi bien! ¡Oh, mi todo! Ten piedad de mí.
- Padre, te pido el amor que tienes a tu divino Hijo, tanto amor cuanto Él merece: acepto todas las consecuencias.
- ¡Ah, mi eterno bien ... no me abandones!
- ¡Oh, Padre celeste! Ten misericordia de mí ... Tú ves lo que necesito, Tú lo ves, Tú lo ves, y no puedes negármelo, porque te lo pido por tu divino Hijo. ¡Oh, Padre mío! En nombre de Jesús, dame tanto de su palabra cuanto te complaces en Él. Que me conforme a su palabra.
- Padre mío, dame lo que me conviene, dame todo ... según el orden del bien.
- Padre, si amas a Jesucristo, sálvame.

17 de diciembre de 1835

- Haz que te conozca, Dios mío, comunica tu naturaleza a la mía, para que pueda hacer lo que haces Tú y querer lo que quieres Tú.

23 de diciembre de 1835

- Tú eres el bien. No tengo la fuerza para conquistarte, pero Tú comunícate a mí.
- ¡Oh, Dios mío! Estoy hecho para Ti, que no te pierda.

7 de enero de 1836

- Tú conoces en mí qué parte es imperfecta: pon el remedio.

11 de enero de 1836

- Endereza mi voluntad, para que te pueda agradar.

27 de enero de 1836

- Dios mío, yo soy malo, pésimo, yo me condeno, Tú sálvame.

6 de febrero de 1836

- ¡Jesús mío, si pudiese amarte sobre todas las cosas! Dame el amarte.

11 de noviembre de 1839

- Tú que ves todos mis males, ponles remedio.

- Padre mío, no me abandones.

24 de enero de 1840

- El infinito, te pido el infinito ... ¡oh, mi eterno bien!

6 de mayo de 1840

- Fac me Domine servum tibi sicut te servum sibi fecit Pater tuus (Señor, hazme siervo tuyo, como tu Padre te ha hecho su siervo).
- Por el amor que me has tenido en vida, sálvame también en la hora de la muerte.
- Tú domina, en mí con imperio omnipotente y absoluto.

25 de julio de 1840

- ¡Dios mío, haz que todo vaya bien!

25 de febrero de 1841

- Factura tua sum ego, Domine, rege quod creasti (Soy tu creatura, Señor, gobierna lo que has creado).

15 de agosto de 1841

- ¡Oh, Dios ... ut cognoscant te, que te conozcan!

23 de enero de 1842

- Dame lo que sabes que necesito.

16 de marzo de 1844

- Que tú corazón pregunte por mí, Jesús mío.

6 de junio de 1844

- ¡Oh, Dios mío! Dame lo que mi Salvador quiere darme.

23 de octubre de 1844

- Da según la grandeza de tu corazón.

16 de noviembre de 1844

- ¡Oh, Padre! Dame el bien que tu divino Hijo conoce.

7 de diciembre de 1844

- Quiero hacer lo que resulte para tu mayor gloria y voluntad.

12 de diciembre de 1844

- Haz, Señor, que me entienda con todos los buenos, que nos entendamos entre nosotros, que nos encontremos en Ti. Que nuestros corazones se conozcan en Ti, Señor, donde en realidad están.

20 de noviembre de 1845

- Te pido lo que está dentro del corazón de Jesús.

24 de noviembre de 1845

- Tú que me has dado tus palabras, haz que sean eficaces en mí y en los míos.
- No me hagas caso en mis caprichos, sino en el deseo de agradarte sólo a Ti y de cumplir todas tus palabras.

16 de diciembre de 1845

- Padre, te pido el bien que Él conoce, el bien ama su corazón. Te pido lo que Él ya te ha pedido. Todo lo que te ha pedido.

17 de enero de 1846

- Te doy gracias, Señor, porque siempre me escuchas en lo que te pido en nombre de tu divino Hijo.

3 de julio de 1846

- Padre, te pido que yo sea como aquel corazón quiere que sea.

6 de agosto de 1846

- Señor, soy un hombre mentiroso; hazme un hombre veraz.

3 de septiembre de 1846

- Que éstos sean siervos tuyos como Tú eres siervo del Padre.

15 de octubre de 1846

- No te pido el mal, sino el bien: el bien que Tú conoces, no el que a mí me parece.

29 de octubre de 1846

- Que proceda rectamente y que no haga nada que no provenga de Ti. Que mi obrar venga de Ti, que eres el todo, y no de las creaturas, que son partes separadas de Ti.

3 de diciembre de 1846

- Da mihi fidem Dei, da mihi fidem Dei. Dame la fe en Dios, dame la fe en Dios. Envíanos tus héroes, ¡oh! envíanos tus héroes.

5 de diciembre de 1846

- María, lo que es bueno para Dios y para tu Hijo, eso pido, porque eso también es bueno para mí.

10 de diciembre de 1846

- Uni me ad bonum meum, uni me ad te lesu bonum meum. Úneme a mi bien, úneme a T i, Jesús, mi bien.

22 de diciembre de 1846

- ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Verbo encarnado! Que tu Espíritu sea la causa de todas mis acciones, de todos mis actos: que nada en mí venga de mí, todo de Ti.

29 de enero de 1847

- Que mi corazón sea el tuyo. Que mi corazón sea el tuyo.

5 de marzo de 1847

- Que ya no sea yo quien viva en mí, ¡oh Padre!, sino sólo tu divino Hijo. Aniquíleme en mí, que sólo tu Hijo sea en mí; que ya no viva yo, sino aniquíleme en mí. ¡Oh, Dios! Lamentablemente sigo vivo; quítame la vida y que viva en mí tu divino Hijo. Jesús, mi bien: quítame la vida flatu oris tui, con un soplo de tu boca.
- En cada cosa lo más perfecto, en cada cosa tu mayor gloria.

27 de octubre de 1847

- ¡Oh, Verdad! Haz que la verdad sea en mí, que cumpla tu ley.

6 de noviembre de 1847

- Crea in me, Domine, quod vis facere. Crea en mí, Señor, lo que quieres hacer de mí.

2 de febrero de 1851

- Padre , te pido a tu divino Hijo y tu Espíritu.
- Toma Tú la dirección de mis potencias, ¡oh, mi guía, mi vida, mi Dios!
- ¡Oh, Dios mío! Haz de modo que mi limitación no esté jamás en oposición con tu esencia infinita.

13 de diciembre de 1852

- Haz, Dios mío, que yo esté de acuerdo con todos aquellos con los cuales Tú sabes que estoy de acuerdo.

20 de mayo de 1853

- Te pido lo que el corazón de Jesucristo desea que te pida.



